

guez en el de Berta, han correspondido á su nombradía, principalmente en los momentos de pasión, en que más se han abandonado á sus propias inspiraciones. Se les conocía, sin embargo, algún recelo, algún temor, accidentes propios de la primera representación de un drama nuevo, que apenas merece otro nombre que el de un ensayo. El Sr. Romea, en el papel fantástico que le cupo, no ha correspondido menos á las esperanzas que ha hecho nacer. Su fisonomía y su acento han expresado la personificación del crimen cuanto es permitido á un hombre. Los demás actores han contribuído por su parte al feliz éxito del drama.

J. DONOSO CORTÉS.

EXPOSICIÓN

A SU MAJESTAD LA REINA DOÑA ISABEL II

SOBRE LA PREFERENCIA QUE EN SUS ESTUDIOS DEBÍA DAR AL DE LA HISTORIA

EXPOSICIÓN

A SU MAJESTAD LA REINA DOÑA ISABEL II

sobre la preferencia que en sus estudios debía dar al de la Historia.

SEÑORA:

Honrado con la augusta confianza de V. M. para dar dichoso remate á la esmerada instrucción que V. M. ha recibido, me parece no sólo conveniente, sino también necesario, someter á la aprobación y á la sabiduría de V. M. lo que entiendo sobre tan ardua materia.

Hay una ciencia excelente sobre todas, y en la cual se aventajaron siempre los Príncipes que alcanzaron más alta fama y más glorioso renombre en la gobernación de los pueblos. Esa ciencia es la Historia ¹, de donde se saca á un tiempo mismo un profundo conocimiento de lo pasado, una grande enseñanza para el presente y profundísima advertencia para lo futuro.

Su estudio, en todos tiempos conveniente, es, en los turbados que ahora corren, de todo punto indispensable para los que, habiendo recibido de Dios el encargo de dirigir á las naciones, no quieren meter la nave que gobiernan por ásperos bajíos. En ellos van encallando estrepitosa y lamentablemente, unas en pos de otras, cuasi todas las Monarquías europeas. Jamás ha ofrecido Dios ni á los pueblos ni á los Reyes un espectáculo más pavoroso y tremendo. Apenas en este naufragio

¹ La Historia no es propiamente ciencia; ya lo hemos demostrado en el prólogo al presente volumen.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

universal se divisa alguna que otra Monarquía que sea fuerte contra los impetuosos torbellinos que á la vez, y como si obedieran á un misterioso mandato, se han levantado en el mundo. Hacinadas yacen en el suelo las que tenían sus fundamentos en la legitimidad; hechas están pedazos las que había levantado la prudencia, y derribadas por tierra las que se fundaban en la gloria. Yerran grandemente los que creen que estos sucesos portentosos son debidos al acaso ó á la acción perturbadora de oscuros conspiradores. El acaso, señora, no existe, ni á oscuros conspiradores es dado cambiar el semblante del mundo y transformar en un día las sociedades humanas. Cuando las transformaciones que padecen los pueblos son hondas, radicales, universales, simultáneas, su simultaneidad, su universalidad y su grandeza atestiguan que traen su origen de más lejos y de más alto; que tienen su origen en Dios, y su preparación en la Historia: como quíera que esos son cabalmente los caracteres que sirven para distinguir las obras de Dios de las obras de los hombres.

Grandes han debido de ser, y grandes han sido sin ningún género de duda, los extravíos de los Príncipes y los extravíos de los pueblos cuando sobre los unos y sobre los otros han venido á la vez tan recias tribulaciones. Sólo el quebrantamiento de aquellas leyes eternas por las que se gobierna y dirige el mundo moral, puede explicar los ásperos trastornos que hoy padecen las sociedades y el gran cataclismo que ha venido sobre las gentes.

La Historia, considerada bajo cierto aspecto, no es otra cosa, si bien se mira, sino la revelación de esas leyes inmutables é inflexibles con que Dios gobierna el mundo moral después de haberle creado ¹; por esta razón el estudio constante de la Historia es el único digno de la grave majestad de los Reyes ².

¹ Falso concepto de la Historia, la cual no es ciertamente revelación de leyes, sino relación de hechos. Las leyes del orden moral son objeto de la Religión y de la Filosofía.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Lejos de ser la Historia el único estudio digno de los Reyes, debe decirse que es un estudio ó estéril ó muy peligroso si no es señoreado y dirigido por la Religión, que es la verdadera filosofía de la Historia.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Seguir con la vista, como si estuvieran presentes, el desfile solemne, mudo y grandioso de todas las repúblicas, de todas las aristocracias, de todas las Monarquías y de todos los Imperios que dejaron en pos de sí una espléndida huella para perpetua admiración y para enseñanza perpetua de los hombres; ver puestas delante de los ojos, y escritas por la mano misma de Dios, las leyes que arreglan sus movimientos concertados, y que presiden á sus crecimientos y á su declinación, á su estrepitosa caída y á su pacífica grandeza; conquistar en un solo día, merced al maravilloso artificio y al gigantesco esfuerzo de la inteligencia del hombre, la experiencia que atesoran los sepulcros de las generaciones pasadas; juntar en uno la sabiduría de la presente edad y la que ha ido depositando lenta y sosegadamente en la Historia el curso sereno de los siglos; servirse de esta sabiduría, y de aquella experiencia, y de aquellos solemnes espectáculos, y de aquellas magníficas visiones para ponerlo todo, y para ponerse al servicio de los hombres que Dios ha confiado á su dirección y á su guarda, es, señora, una empresa augusta, un propósito santo, un designio sublime digno de V. M., y que atraerá sobre su dichoso reinado las bendiciones de Dios y las aclamaciones de los pueblos.

Movido por consideraciones de tan grave trascendencia me atrevo á proponer á V. M. que, si lo tiene á bien, se sirva dar la preferencia sobre los demás al estudio de la Historia. Si V. M., conformándose con este parecer, por estimar dignas de atención las consideraciones en que le funde, tuviese á bien autorizarme á seguirle, me atrevería á someter al alto juicio de V. M. el método siguiente, por parecerme el más sencillo y el más acertado.

La enseñanza, para que sea completa, debe de ser á un mismo tiempo hablada y escrita; el oficio de la palabra es desenvolver y fecundar el texto; el oficio del texto es fijar por medio de la escritura los principios fundamentales de la ciencia, y mantener vivo por medio de la asociación y del encadenamiento de las ideas el recuerdo de la palabra.

Por esta razón, si V. M. se digna permitirlo, tendré la honra de escribir para V. M. una obra elemental, y la de desenvolver su doctrina por medio de explicaciones verbales.

La Historia abarca á la Humanidad como el Océano á la tierra; las enseñanzas de la Historia, como las aguas del Océano, son inmensas, inagotables é inextinguibles. Entre sus graves enseñanzas llamaré principalmente la atención de V. M. hacia aquellas que son más provechosas, así á los hombres en general como en particular á los Reyes. Y como quiera que lo que más importa á los Príncipes y á los hombres es conocer hasta donde sea posible los altos designios de Dios en el gobierno del mundo, y los principios constitutivos de la potestad temporal y de su suprema magistratura, procuraré que V. M., al poner los ojos en el género humano, que camina ya lenta, ya arrebatadamente, pero sin hacer nunca una estación en su portentoso viaje, los fije sobre todo, y con especial solicitud, en sus transformaciones políticas y religiosas. En ellas está escondido el secreto de todas las catástrofes y de todas las revoluciones que desde el principio de los tiempos han venido ya purificando la atmósfera, ya asolando la tierra.

Penetrando V. M. con su sabiduría en estos grandes y solemnes misterios de la Historia, y alumbrado su clarísimo entendimiento con la luz de la Religión revelada, descubrirá fácilmente las causas recónditas del atraso político y civil de aquellas sociedades que entre las antiguas fueron las más nombradas y famosas por su espléndida cultura; cosa que no parecerá extraña á V. M. cuando considere que estaban sin noticia cierta de Dios, y que sin ella no era posible que tuvieran noticia de la naturaleza del hombre, ni de la índole propia de las sociedades humanas. Viniendo después á los tiempos que caen de este lado de la Cruz, asistirá V. M. al magnífico espectáculo de la moderna civilización¹, rica, variada y fecunda, como que ha bajado del Cielo y ha sido anunciada á las gentes

¹ La civilización moderna sabe el lector que está reprobada en la proposición LXXX del *Syllabus*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

por el mismo Dios hecho Hombre desde el trono sangriento del Calvario. De aquel trono descendieron para consuelo del mundo las nociones del derecho y de la justicia, borradas antes en el entendimiento humano, puesto en adoración ante la fuerza. Entonces aprendieron los pueblos por vez primera que al rendir el homenaje de su obediencia al supremo magistrado de la sociedad civil no se le rendían porque era fuerte, sino porque siendo el símbolo del derecho, era una persona augusta. Entonces aprendieron por primera vez los Reyes que era un deber suyo gobernar en justicia á las naciones, y que no les era lícito convertir su potestad en tiranía, como quiera que Dios, al formar al hombre con su propia mano, le hizo noble y le dejó libre, y le llamó señor de la tierra, siendo su libertad á los ojos de su Criador tan inviolable como santa. Entonces, por último, fueron condenadas por primera vez, con una misma condenación y con un mismo anatema, las insurrecciones de los pueblos contra la autoridad de los Príncipes, y las de los Príncipes contra la libertad de los hombres, por ser una y otra insurrecciones contra Dios, que ha santificado la autoridad limitada por la justicia, y la libertad hermanada con la obediencia.

Dieron estos principios frutos de bendición para la Europa, que creció vigorosa y lozana, vencedora á un tiempo mismo de la barbarie agreste de aquellas toscas muchedumbres que se desprendieron del Polo y de la degradación enervante del imperio de los Césares. Florecieron en esta parte dichosísima del mundo grandes Imperios, poderosas Monarquías y venturosas Repúblicas, á quienes eran familiares las artes de la paz y de la guerra, y alumbraron sus horizontes con la luz de su clarísimo ingenio varones eminentes en las ciencias humanas y divinas. Siguiendo el camino de la Cruz, el género humano llegó á sentirse con alas y con bríos para remontarse hasta el Cielo. Pero andando el tiempo fueron borrándose, unas después de otras, en el entendimiento de los hombres aquellas nociones santas del derecho y de la justicia que Dios había revelado á

las gentes. Los Príncipes se apartaron de Dios y de los pueblos; los pueblos se apartaron de Dios y de los Príncipes; y la Iglesia católica, depositaria de las verdades que habían puesto en olvido las naciones, lloró, como el Salvador del mundo sobre las matronas de Jerusalén, sobre los Príncipes y sobre los pueblos. Este es el tiempo de las grandes defecciones y de las públicas apostasías, al cual debía de seguir, como el efecto á su causa, el tiempo de las revoluciones.

Por donde echará de ver V. M. cuánto importa para la seguridad de los Príncipes y para la prosperidad y ventura de los Estados poner orden en las cosas de la Religión y de la Iglesia, y velar con solicitud incansable para que no caigan en olvido aquellos principios religiosos que tienen á raya los vanos antojos de los Príncipes y los ímpetus feroces de los pueblos.

Si después de haber contemplado V. M. bajo este aspecto las vicisitudes humanas se digna considerar las grandes mudanzas que han sobrevenido, durante la prolongación de los tiempos, en las formas y manera de gobernarse las naciones, este punto de vista político no derramará menos luz en el entendimiento de V. M. para el cabal conocimiento de la Historia, ni llevará consigo enseñanzas menos graves que el punto de vista religioso. V. M. verá de qué manera la institución monárquica, siendo de suyo la más flexible de todas, es por esa misma razón la más conocida de las gentes y como el gobierno natural del género humano. V. M. descubrirá esa institución en el organismo interno de la familia, en el de la tribu, en el de la ciudad, en el del Estado y hasta en el del universo, que se mueve armónica y concertadamente gobernado por la voluntad divina. Adondequiera que V. M. vuelva los ojos, ya al Oriente, ya al Occidente, ya á las partes septentrionales, ya á las meridionales del mundo, allí encontrará V. M. la institución monárquica que se adapta á todas las zonas, á todas las edades, á todos los progresos y á todas las latitudes. En el Asia es indolente, despótica y fastuosa, porque son de suyo

siervas, fastuosas é indolentes las sociedades asiáticas. En la Europa es belicosa y activa, porque es de suyo activa, belicosa y emprendedora la raza de Jafet, que vino á poblar esta dichosa parte de la tierra; en el Egipto es supersticiosa, pacífica y enervada, porque enervados, pacíficos y supersticiosos debían de ser ¹ y han sido los descendientes de Cham, condenados á miserable servidumbre por un decreto del Cielo. La flexibilidad de la Monarquía es tan grande, que se ha hecho sacerdotal allí donde prevalecía el Sacerdocio; aristocrática allí donde prevalecía la nobleza; mesocrática allí donde prevalecían las clases acomodadas; democrática allí donde mandaban las plebes.

Esto sirve para explicar por qué entre todas las instituciones políticas ésta es la única que no desaparece jamás, por ser de suyo incompatible con ciertos progresos sociales, sino en virtud de causas que la son extrañas y de circunstancias efímeras y transitorias. Allí donde una Monarquía sucumbe en su lucha con otra forma de gobierno, puede afirmarse, sin temor de que los hechos vengan á desmentirlo, que no son ni los hombres monárquicos ni los Príncipes los que caen porque cayó la Monarquía, sino al revés, que la Monarquía es la que sucumbe porque sucumbieron antes los Príncipes ó los hombres monárquicos. No hay institución política ninguna que no acabe á manos de una descomposición interna; sólo la Monarquía no está sujeta de suyo á la descomposición, y cuando sucumbe podría decirse, si la expresión no fuera demasíadamente atrevida, que muere á manos de sus matadores más bien que á manos de la muerte.

Por aquí comprenderá V. M. cuán alta, cuán noble, cuán magnífica es la institución que V. M. representa en su sagrada y en su inviolable persona, y cuánto conviene, así á V. M. como á los pueblos que dichosamente gobierna, que esté como circundada de aquel sereno resplandor y de aquella severa dignidad que atrae naturalmente hacia sí el respeto y la venera-

¹ En vez de "debían de ser.", léase "eran ó fueron."—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ción de los hombres. No importa menos, y así lo atestigua la Historia, que los Príncipes pongan un oído atento á los primeramente sordos, y luego, siendo desatendidos, estrepitosos rumores que se levantan de vez en cuando en las sociedades humanas cuando se hallan acometidas de nuevas y de imperiosas necesidades, que es necesario satisfacer á toda costa si han de conservar las Monarquías aquella dichosa flexibilidad que las hace capaces de atravesar las épocas más dolorosas y más críticas de la Historia, uniéndose fraternalmente á todas las civilizaciones y moviéndose al compás de todos los tiempos. Príncipes ha habido en el mundo que perdieron cetro, corona y vida por confundir los tiempos, ya de las Monarquías feudales, ya de las representativas, con los tiempos de las Monarquías absolutas. Una é inalterable en su esencia, pero flexible y múltiple en sus formas, la Monarquía no puede subsistir en el mundo si no se adapta en tiempo hábil á todas las transformaciones sociales.

V. M., en su sabiduría, ha comprendido en toda su extensión y en toda su grandeza esta verdad, que es una de las fundamentales en la ciencia del gobierno; V. M. se ha apresurado constantemente á satisfacer todas las necesidades legítimas; V. M. ha sido y es fiel guardadora de la Constitución y de las leyes, y respeta con un respeto religioso los límites que en una Monarquía constitucional ponen pactos, que son sagrados é inviolables, á la autoridad soberana. V. M. ha comprendido que, así como toda la Religión se encierra en el amor de Dios y en el amor á los hombres, toda la ciencia política de los Reyes consiste en el amor á Dios y en el amor á los pueblos. Dios y los pueblos, señora, recompensarán á V. M. grandemente, salvando el Trono altísimo en que V. M. está sentada, de los recios torbellinos que hoy se levantan en el mundo ¹.

Si V. M. se dignase aprobar el plan de estudios que acabo de proponer, el método que me ha parecido más acertado, y el

¹ La historia contemporánea no tardó mucho en convencer de vanas ilusiones las esperanzas de Donoso Cortés.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

espíritu monárquico á un tiempo mismo y liberal que en esta exposición se descubre ¹, procederé desde luego á desempeñar el encargo que V. M. ha tenido la dignación de confiarme, y que es, señora, el más glorioso para un hombre de letras, y el más honroso para un buen ciudadano.—SEÑORA.—A L. R. P. de V. M.—Su humilde súbdito, JUAN DONOSO CORTÉS.

¹ Monárquico y liberal, es lo mismo que blanco y negro.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)